

Historia

Tratamiento seguido a los naufragos quemados del crucero «Baleares»

José María Rodríguez Tejerina

En la madrugada del día 6 de marzo de 1939,^{1, 2} hace ahora cincuenta años, fue hundido el *Baleares* por los torpedos de unos barcos de guerra republicanos. El *Baleares* iba escoltando un convoy junto con otros cruceros nacionales, el *Canarias* y el *Almirante Cervera*. A unas 75 millas del Cabo de Palma se encontró con los cruceros republicanos *Libertad* y *Méndez Núñez* así como con la segunda flotilla de destructores formada por el *Sánchez Barcaiztegui*, el almirante *Antequera*, el *Leopanto*, el *Lazaga* y el *Gravina*. Quiso el *Baleares*, en arriesgada maniobra, introducirse entre las fuerzas enemigas y la costa. Navegaba con las luces apagadas. La flota «roja» lanzó sus torpedos al azar, en abanico. Varios de ellos, sin embargo, alcanzaron al buque insignia «franquista» que se escoró en seguida a babor, casi partido por la mitad, incomunicada la proa con la popa. Estallaron en cubierta los proyectiles del 15,5 lanzados por el *Libertad* y la chimenea cayó a estribor. Los numerosos heridos acudieron a la cámara de torpedos iluminada, a veces, por una linterna. La confusión era enorme. No podían realizarse curas, tan sólo se les prestó algún auxilio médico con los pocos medios disponibles. Luego, los heridos fueron agrupados en toldilla y asistidos allí por el capitán médico de la Armada don Magín Pallarés Ugés. Al cabo de unas horas el

Baleares se hundía, envuelto en llamas. Y con él el contralmirante don Manuel Viena y su estado mayor. Y su comandante, el capitán de navío don Isidro Fontenla Maristany, muchos oficiales y numerosa marinería. Hasta un total de 788 hombres. Entre ellos se encontraba el médico Magín Pallarés, que estuvo curando heridos hasta el último momento. Gesto que le valdría ser condecorado, a título póstumo, con la medalla militar individual.

Se salvó, en cambio, el teniente médico provisional don Ricardo Parada, que se hallaba en el momento del torpedeamiento, a popa del barco.

Asegura este oficial médico³ que una de las causas de la gran mortandad registrada fue la falta de chalecos salvavidas. «Prueba de ello es que los heridos que no tenían importancia funcional por fracturas, se salvaron nadando. También se salvaron quemados, y lo curioso es que el grado de sus quemaduras era grande en intensidad y extensión...».⁴

Los naufragos del *Baleares* fueron recogidos por botes de salvamento de unos navíos de guerra ingleses. Pues, debido a las penurias de la guerra, no solo no se disponía de chalecos salvavidas, sino que tampoco había balsas a bordo y los botes de salvamento estaban perforados por la metralla.

Dos destructores ingleses que recogieron a los supervivientes y los llevaron a tierra fueron cuatro; el *Boreas* (H-70), el *Kempefelt* (D-18), y más tarde la *Blanche* y el *Brillant*. Únicamente éste último llevaba médico a bordo. Fueron bombardeados por siete aviones republicanos, *Katiuska* y por los destructores *rojos*.

A las 4 de la tarde, domingo, arribaban al fin al *Hospital Militar*, transportados en unos camiones, los 205 supervivientes. Llegaron todos ellos negros, quemados, el torso desnudo. Pero dando «vivas» a España, la Marina, la Muerte, la Virgen del Carmen, y cantando la salve marinera.⁵ En el Servicio de Cirugía del que habían sido jefes los comandantes médicos don Virgilio García Peñaranda y don Antonio Grau Pujol y que ahora regentaba don Pedro Alcover Sureda, capitán médico habi-

litado, los médicos militares disponibles en toda Mallorca, llamados con urgencia, secundados por las Hermanas de la Caridad con sor Oliva Abad al frente, se afanaron por recortar los abrasados colgajos de piel y empapar las quemaduras con ácido pícrico.

La capacidad del *Hospital Militar* se vio desbordada. No hubo más remedio que trasladar a muchos de estos quemados a la *Clínica Naval*, a la *Mutua Balear*, al *Colegio del Sagrado Corazón*.

Las curas con ácido pícrico se repetían dos veces al día y eran sumamente dolorosas, pero los marineros las aguantaban con gran entereza. Ayudaban a las monjas muchachas de *Frentes y Hospitales*. Por las noches les velaban una hermana y una señora que se ofrecía voluntariamente.

Treinta de estos quemados fueron hospitalizados en la *Clínica Naval* y tratados de manera distinta; con pulverizaciones de ácido tánico. Las Hermanas de la Caridad, dirigidas por sor Francisca y las enfermeras, muchas de ellas falangistas, realizaban las pulverizaciones cada 10 minutos. Los quemados permanecían en sus camas, casi totalmente desvestidos. Era jefe de los servicios de Cirugía de la *Clínica Naval* don Miguel Sampol Antich y director del centro el también comandante médico de la Armada, don José Ripoll Esteve. Ayudante del Equipo Quirúrgico era don Juan Eugenio Brazis Llompart, teniente médico provisional, y colaboraban en el servicio de practicantes don Francisco Oliver Verd y don Javier Pastor Quijada.

La cura tánica de los quemados, el llamado método de Davidson, estaba por aquel tiempo en su apogeo. La solución de ácido tánico era del 2 al 20%, generalmente al 5%.

Se pensaba que la zona quemada se curaría al fijarse los prótidos. Luego se ha comprobado que el ácido tánico actúa endu-

reciendo las paredes de los capilares y evitando así la plasmorrafia.

Las pulverizaciones debían hacerse, recomendaba Davidson, cada 5 minutos, con un aparato de pulverizaciones corriente, igual a los empleados para matar mosquitos. A las 24 horas se formaba una costra dura, seca, acartonada, que se eliminaba por sí misma.

El mayor inconveniente de este proceder terapéutico era la posible aparición de infecciones debajo de las costras. Si esto ocurría era preciso drenar, mediante incisiones, el pus y proceder a la limpieza del foco séptico con líquido de Dakin, según la técnica de Carrel.

A veces la reabsorción del ácido tánico originaba necrosis hepáticas graves. Funesa contingencia que, al parecer, no sobrevino a ninguno de los quemados del crucero *Baleares* tratados en la *Clínica Naval*. Todos ellos curaron, así como los internados en el *Hospital Militar*, sin complicaciones importantes y pudieron reintegrarse al servicio de la Armada en los barcos que componían las Fuerzas del Bloqueo del Mediterráneo, pocos meses más tarde, al comienzo del verano.⁶

Bibliografía

1. Moreno F. La guerra en el mar. Memorias del almirante Francisco Moreno. Editorial AHR. Barcelona, 1959.
2. Cerezo Martínez R. Armada Española. Siglo XX. Madrid, 1983.
3. Parada R. Los servicios sanitarios a bordo del crucero *Baleares*. Revista General de Marina, 1941, V.
4. Gracia Rivas, M. La Sanidad de la Armada en la zona nacional durante la guerra de 1936-1939. En, Los médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española. Monografías Beecham. Madrid, 1986.
5. Escribano E. Por Jesucristo y por España. Las Hijas de la Caridad de la Provincia Española en trescientos veinticinco hospitales de sangre durante la Cruzada Nacional. Madrid, 1942, III, 331-332.
6. Brotons Poveda J. El servicio de Sanidad de la Armada en las fuerzas del bloqueo del Mediterráneo. Revista General de Marina, 1941, V.